

Ricardo Piglia: los casos de Croce

LUIS ALONSO
GIRGADO



LOS CASOS DEL COMISARIO
CROCE
RICARDO PIGLIA
Editorial Anagrama

más frecuencia, tiene su alter ego en la figura del narrador.

Este inventario de casos que Piglia reúne para mayor visibilización de su personaje y del género policial o detectivesco en el que se mueve, está precedido por un texto a la vez elocuente y paradójico de Karl Marx sobre las bondades y efectos positivos de la delincuencia y del delincuente, cuestión esta que reaparece en alguno de los casos. En este conjunto de narraciones breves hay una doble vía: en la primera se sitúan los casos propiamente dichos, claramente narrativos, centrados en la búsqueda o pesquisa, en la acción y el misterio, en el método de investigación. En la segunda, esto pasa a un segundo plano para adquirir primacía el discurso metanarrativo, la reflexión sobre figuras como el detective y el delincuente y la detección de antecedentes y creadores de lo policial-detectivesco con E. A. Poe a la cabeza.

Temas y motivos como lo pornográfico, la dualidad muerte-suicidio, la identidad sexual, la búsqueda del culpable y sus derroteros, el espionaje, la injusticia, la culpabilidad y la inocencia, etc. van sucediéndose no sin el frecuente añadido de breves digresiones de distinta naturaleza, intelectuales, históricas, literarias o puramente anecdóticas; junto a esto, pinceladas que configuran el carácter y la existencia del protagonista.

Empecinado en aclarar el modus operandi de su protagonista (fiarse de las apariencias, atender a lo minúsculo, pensar a través de asociaciones, no generalizar, etc.) el escritor se adentra progresivamente en materia metanarrativa; en la reflexión y el análisis, en detrimento de la pura literaturización, el devenir de los casos. A este ámbito pertenece la pieza "El método", que contrasta fuertemente con la pátina de ternura y lirismo de "La música", que encabeza el libro. Mención especial merece "La conferencia", que representa un encuentro y un diálogo Piglia-Borges —el conferenciante ciego— en una atmósfera entrañable mientras discurren sobre el enigma, la conjetura y los atractivos del "género menor policial".

Brilla aquí el talento intelectual, literario y expresivo de Ricardo Piglia, su rara y profunda originalidad, su capacidad de fundir lo existencial y lo estético, de entrelazar temas y problemas dispares; sus indagaciones técnico-formales y, en fin, su poderosa personalidad de escritor en quien lo esencial argentino se debate y explicita. Piglia, sí, es de los poquísimos imprescindibles, justificadamente.

LA ODISEA REVOLUCIONARIA DEL POTEMKIN

En 1905 tuvo lugar en el acorazado Potemkin y en la ciudad de Odesa un suceso revolucionario que precedió al triunfo bolchevique de 1917 concretado en el triunfo de la Revolución Rusa. Nos referimos al levantamiento de la marinería del barco contra sus mandos y a la confraternización de la misma con el pueblo en la pavorosa masacre del Ejército cosaco, fiel al zar Nicolás II, en la escalinata de la ciudad de Odesa. Las trágicas escenas sucedidas dieron la vuelta al mundo, recreadas en 1925 —veinte años después— por Serguei M. Eisenstein, que homenajeó a la Revolución triunfante en 1917 con *La huelga* (1924), su primera película, luego con *El acorazado Potemkin* (1925) y finalmente con *Octubre* (1927). Nos llega ahora, con idéntico propósito de homenaje, la novela gráfica *Potemkin* (Ed. El zorro rojo, 2018), en un repertorio bien cohesionado de sombrías viñetas originales del artista ilustrador Pablo Auladell, que transmiten el pavor, la tensión trágica, la violencia de los hechos y la muerte, con una certera reducción a mínimos de los textos de las viñetas. El epílogo de Jordi Costa se centra, acaso en exceso, en aspectos técnicos del filme Eisenstein. Se echa de menos algún texto de análisis y contextualización de los hechos históricos, material realmente abundante en bibliografía histórica, prensa y literatura. En fin, la edición, responsabilidad de Piu Martínez, posee el cuidadoso esmero y el atractivo visual habituales en la ya mencionada editorial. La revolución, una vez más, quedó en sueño: el sempiterno sueño revolucionario.



SHOLEM ALEIJEM: DEL HUMOR ENTRE JUDÍOS

Ucraniano de origen, el escritor Sholem Aleijem se ha servido del ruso y del hebreo como lenguas literarias para sus narraciones, en las que el pueblo judío (el pueblo llano, con sus tradiciones y su peculiar humor) tiene papel protagonista. Así sucede, por ejemplo, en *Tevie el lechero* (1894), que décadas después haría famoso al autor por el éxito de su versión cinematográfica (con su música y sus canciones) El violinista en el tejado. No menos divertida —recorrida como está por un humor socarrón y disparatado, desvergonzado y agresivo— es la larga narración titulada *El sastre embrujado* (Ed. Ardicia, 2017), rematada por el autor en 1901 y traducida —ardua tarea— y prologada —con datos de interés— por José A. Alonso de la Fuente. Esta es la historia de un pobre aldeano —sin embargo excelente sastre remendón (Shimen-Eli)— que, azuzado por su esposa, emprende viaje a un pueblo vecino para comprar una cabra. El resto es una serie de dimes y directes, burlas e improperios, risas y jocosos comentarios que van rebotando de un personaje a otro hasta acabar cebándose en la estafalaria cabra, que da leche a voluntad. El tono paródico se mantiene de principio a fin y verbalmente se concreta en topónimos (Villaladrón, Villacabralechera) y epítetos (Ele el Pelele, Yakusiyel Untamanteca, Jaim el Soplón), pero penetra en dichos populares, refranes, pasajes de textos religiosos, comentarios pueblerinos y diálogos que destilan odios, envidias y rivalidades. Como ocurre en las narraciones populares, menudean las referencias a supersticiones, brujería, creencias que remiten a lo sobrenatural, lo maravilloso, la muerte, etc. El escritor combina la lengua hebrea con el dialecto yidis. La diversión —de espectáculo de feria o carnaval— no da tregua. El mensaje es radicalmente esperanzador. El misterio de la cabra... Lean y ríen.



El conocimiento —vía lectura— del impar escritor argentino Ricardo Piglia, fallecido en el pasado 2017, en España ha podido ser completo y riguroso gracias a la apuesta y el esfuerzo de Anagrama, editora del núcleo fundamental de la narrativa de este escritor original y versátil, escritor de invención y reflexión por cuya obra asoma y se interna el autor una y otra vez a través de alguno de sus más caracterizados personajes. Uno de ellos es, sin duda, el excomisario Croce, un solitario enfermizo que vive a salto de mata en inhóspitos galpones acompañado por su perro, el Cuzco, y visitado por su amante, La Colorada, y escoltado en algunas ocasiones por el ayudante Medina o algún otro. Croce se mueve por igual en la ciudad que en el campo, aunque sea este su preferido, amante como es de dormir al raso, contemplar las estrellas, pescar o vadear ríos. Croce es un comisario-investigador excéntrico, insólito, pues se da a filosofar con frecuencia y opina que "todas las mujeres son kantianas", gusta de asistir a actividades culturales y se sirve del método de la "inferencia silogística". Metódico pero burlón, se confiesa "cabeza peronista" y en ciertos aspectos es eco de su creador, aunque este, con